

La NOVELA



del SÁBADO

Noel Clarasó



YO ESCOGI
LA SOLEDAD

N.º 17

Este relato, muy bien escrito por el escritor catalán Noel Clarasó, es un canto a la contraposición entre un amor sincero y la necesidad de soledad e intimidad que tenemos los humanos.



¡NO JUEGUE CON
EL PORVENIR
DE SUS HIJOS!

Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4
M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envíenos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Dirección General de Seguros

EXCURSION A PARIS

EN AUTOPULLMANS
SALIDAS DE MADRID, EL DIA 8 DE CADA MES

VISITANDO:

- SAN SEBASTIAN
- BURDEOS
- ANGOULEME
- LOS CASTILLOS
DEL LOIRE
- TOURS
- PARIS Y
- BIARRITZ

10 DIAS DE VIAJE

Informes e inscrip-
ciones: Alcalá, 23,

Calvo Sotelo, 14 y

Palace Hotel

ORGANIZADO POR:

WAGONS-LITS // COOK

(A. V. G. A. T. S.)



MARCONI

★ CALIDAD.
★ SELECTIVIDAD.
★ FIDELIDAD.

Son las principales características del receptor

L-155

AGENCIAS Y DISTRIBUIDORES EN TODAS LAS CAPITALES

The advertisement features a central illustration of a vintage Marconi receiver, model L-155, with a prominent vertical grille. Above the receiver is a circular logo containing a stylized lightning bolt, with the word 'MARCONI' written across it. The background is filled with radiating lines, creating a sense of energy and focus. The text is arranged in a clear, hierarchical manner, emphasizing the product's key features and its availability in major cities.

S E M A N A

la revista española más conocida en el extranjero.

S E M A N A

que aumenta sus páginas y no su precio.

S E M A N A

que no deja de informar a sus lectores de todo cuanto pasa en España y fuera de ella.

S E M A N A

la revista que se mantiene siete días en manos de sus lectores.

Redacción y Administración:
PASEO ONESIMO REDONDO, 26.

Teléfonos: 22 28 90 - 22 28 97 - 22 28 98.

Se admiten suscripciones y encargos:
Teléfono 22 42 90.



No hay término medio:
afeitarse con

CREMA RAPIDE ó...
tener pinta de náufrago
¡Sin brocha Sin jabón!

ES UN PRODUCTO MARLICE

UN CONCURSO DE NOVELAS CORTAS

«LA NOVELA DEL SABADO»

abre un Concurso entre los escritores españoles e hispano-americanos de lengua castellana, patrocinado por el Instituto de Cultura Hispánica, para premiar una novela corta con arreglo a las siguientes

BASES

PRIMERA.—La novela será absoluta y rigurosamente inédita y de una extensión que oscilará entre las ochenta y cinco y las noventa y dos cuartillas corrientes, mecanografiadas y a doble espacio, cuya equivalencia en folios o en holandesas es de un máximo de 1.700 líneas del ancho normal en el papel de esas dimensiones. Será rechazada toda novela cuyas dimensiones no se acomoden a los límites señalados.

SEGUNDA.—De la novela se remitirán a «LA NOVELA DEL SABADO»—calle de Valverde, 30, Madrid—tres ejemplares sin firma, acompañados de una plica con el nombre del autor y su domicilio.

TERCERA.—Se concederá un Premio de Honor dotado con VEINTE MIL PESETAS al que resulte autor de la novela elegida.

CUARTA.—El original premiado quedará de la propiedad de «LA NOVELA DEL SABADO», durante el espacio de un año siguiente al de la fecha de su publicación.

QUINTA.—«LA NOVELA DEL SABADO» ofrecerá a sus autores la adquisición de aquellos originales que considere merecedores de ser publicados.

SEXTA.—Sobre el concurso no se admitirá correspondencia alguna y será devuelto a su autor todo original recomendado.

SEPTIMA.—El plazo de admisión de originales se cerrará el día 15 de septiembre, a las dos de la tarde.

OCTAVA.—Un Jurado designado al efecto, cuya composición se hará pública en su momento oportuno, emitirá su fallo a la brevedad posible.

LA NOVELA DEL SABADO advierte a los COLABORADORES ESPONTANEOS que no admite más originales que los solicitados, y que, en ningún caso, devolverá los que reciba sin haberlos pedido ni mantendrá correspondencia acerca de ellos.

PROXIMO NUMERO

Un pobre hombre.—Federico Carlos Sáinz de Robles.

NUMEROS PUBLICADOS

1. **Luisa, el profesor y yo.**—José María Pemán.
2. **Trayecto uno.**—Elena Quiroga. (Premio Nadal.)
3. **La canción del recuerdo.**—César González-Ruano.
4. **Los 38 asesinatos y medio del Castillo de Hull.**—
Enrique Jardiel Poncela. (Número homenaje.)
5. **Los amores de Antonio y Cristina.**—Pío Baroja.
6. **Café de Artistas.**—Camilo José Cela.
7. **Un noviazgo.**—Carmen Laforet. (Premio Nadal.)
8. **La gota de sangre.**—Emilia Pardo Bazán.
9. **La casa sin hombre.**—Felipe Sassone.
10. **El loco.**—Miguel Delibes. (Premio Nadal.)
11. **La pequeña vida.**—Ana María Matute.
12. **Nómada.**—Gabriel Miró.
13. **Ha pasado una sombra.**—Luis Romero.
14. **Cuando yo me llamaba Harry.**—Tono.
15. **Piropo.**—Rafael López de Haro.
16. **Garuda, o la cigüeña blanca.**—Juan Valera.

Tarifa de suscripción a "La novela del Sábado":

A 12 números	68 pesetas.
A 25 "	138 "
A 52 "	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Editorial Tecnos., Valverde, 30, Madrid. Teléfono 22 20 37, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

Una mañana amarillenta, temblorosa de sueño. Hay como un halo de niebla alrededor de todas las cosas, y todas lucen sin dañar los ojos. Las voces de las campanas se funden en el color y en el dulzor de la mañana.

Tocan a misa las campanas. Es domingo. Los aldeanos, en familia, hombres, mujeres y niños, desembocan en la carretera por los caminitos. En el fondo del camino más largo asoma el sol, perezosamente, amarillo y viejo. También el sol lleva puesto el velo como para ir a misa.

Se va formando una nube blanca y larga sobre el río, y todo parece alargarse con ella, como si se desperezara. Hace bueno, de una bondad más sentida, más tierna, y todos, hasta los que no llevan la cuenta de los días, miran el cielo y piensan: hoy es domingo.

Voy carretera arriba, en bicicleta. Voy despacito, dejándome ir en las bajaditas, pedaleando apenas en los llanos y apenas sin forzar en las cuestas. Voy por la carretera hacia Gessenais y soy feliz. El clima es bueno, el esfuerzo me hace sentir la juventud en el cuerpo. No tengo problemas espirituales...

—¡Y qué feliz soy esta mañana!

Grito al paso de un aldeano muy serio, precisamente para que él se entere. Se entera de la voz, pero no del sentido. Apenas me mira. Va en bicicleta, fumando su pipa, todo lentamente. Hay algo en él inocente y oscuro a la vez. ¡Cómo me gustaría entrar en su pensamiento! ¡Cómo me gustaría todos los imposibles! Ser marqués, romper a bailar flamenco, hacer de vez en vez un milagro...

No tengo prisa. No tengo nada que hacer. He ido a misa de nueve a la iglesia católica. Con Marta. Ella pertenece al coro y se queda a ensayar hasta las diez. Y yo he saltado sobre la bicicleta y me he lanzado a pedalear por la carretera, solo, completamente solo, tendidos cuerpo y alma al goce de mi rara y amable soledad.

La mañana crece y se va cargando de sol y de día. Ha llovido mucho ayer y el aire es un puro olor alado que hace piruetas en el espacio. Olor de hierba recién segada y olor fresco de nieve. Bueno; la nieve no huele, lo sé. Pero el aire mañanero me sabe, según por donde llega, como a un olor de nieve.

Un águila en el cielo, lejos. ¡Cómo la envidio! Un águila sola, suspendida en el aire.

—¡Eh! ¿Tienes mujer?

Repito el grito muchas veces. Hace tiempo que amo mi voz y, en la augusta soledad que tan raramente gozo, me gusta gritar, vocear. Mi voz, fuera de mí, es alguien que me acompaña sin destruir mi soledad.

Soy feliz siempre desde hace cinco años. Lo soy resignadamente y hasta con hastío. Porque me da pereza intentar otra cosa, porque mi cobardía me impide lanzarme, abiertos los brazos, en busca del pequeño dolor de cada día. Soy feliz, como lo es una ostra sumergida en el agua tibia del mar. ¡Vaya!

La felicidad de esta mañana de domingo es inesperada y sorprendente. Este mozo guapo que va por la carretera en bicicleta, tendido el cuerpo al sol y al aire, abierta el alma a cualquier emoción que sobrevenga, ese soy yo. Me doy cuenta, me río a carcajadas y grito al espacio un verso cualquiera, sólo para el goce soberbio de la voz:

—¡Aguda espina dorada, quién te pudiera sentir, en el corazón clavada!

Pocas veces me he sentido el corazón tan blando. Si ahora tuviera ocasión de ser bueno, lo sería; con quienquiera que fuese, no por el otro, sino por la bondad. Me basta

ir en bicicleta para ser feliz. Y lo soy más, pues la blandura del corazón se me contagia a todo, hasta al sillín de la bicicleta, y es como si fuera montado en una nube.

—«¡Grüsse!».

Los campesinos suizos alemanes saludan así. Otros dicen: «¡Grüss Got!». Y si son de la parte francesa dicen: «¡Salut!». Uno de telégrafos, que va uniformado y lleva en la cartera las noticias buenas y malas que nadie espera, pasa veloz y me grita:

—«¡Bon jour, monsieur!».

Unos en alemán, otros en francés. Estoy en el límite. Voy de Gstaad, en la parte alemana, hacia Gessenais, en la parte francesa. Gessenais, Flendruz, Rougemont, Chateau d'Oex. Me gusta decir los nombres de los lugares y recordar algo de cada sitio. Conozco este trozo del Oberland Bernois como la palma de la mano.

La mañana está llena de augurios buenos. Todo el mundo me saluda, en el aire se huele la humedad, el sol barre la niebla y difunde su oro derretido, los manzanos están cargados de fruto, no me pesan las subidas, respiro bien, amo todo cuanto me rodea. ¿Qué cosa buena me sucederá hoy? Creo en los augurios. Desde hace años, desde la niñez, huelo en el aire la proximidad del acontecimiento feliz.

Recito en voz alta mi pensamiento todavía deformado:

—Me gustaría morir en el sillín y seguir pedaleando suavemente por los caminos del cielo.

Sólo deseo que el instante dure, que la vida sea siempre igual a sí misma, que la carretera no acabe ni conduzca a ninguna parte y que yo viva siempre en bicicleta, pedaleando hacia allá, despacito, en una mañana perfumada y amarilla de domingo al sol.

Una cuestecita. En mitad de la cuestecita el tren cruza la carretera. Bajo de la bicicleta mientras acaba de pasar el tren. Todos los pasajeros están asomados a las ventanillas y todos me saludan. Vienen de una felicidad, van a otra felicidad y no imaginan que otros puedan ser desgraciados.

En la plataforma del último vagón va, de pie, el jefe del tren, uniformado. Es pequeño y grueso y va mirando el cielo, como si buscara en el aire un pensamiento que no tiene. Le saludo con la mano y él se quita la gorra. ¡Hombre! Yo no pedía tanto.

El tren se hace pequeñito a lo lejos, en los campos segados. La carretera sube y yo me quedo allí, sentado en la hierba. La bicicleta está apoyada en un árbol. Veo mi sombra montada en ella que me sonrío y me dice:

—¡Muchacho! Hoy serás feliz.

—Lo soy.

—Lo serás más.

—¿Por dónde?

—Se verá. El día lo trae. Tu corazón y el día andan a compás.

Sí; tiene razón la sombra. Y yo no soy sino otra sombra viva que va flotando en el aire de esta mañana tan amarilla de sol. Ofrezco mi rostro levantado al sol, que me lo caliente y me lo tiña. Ese morenito fresco que da el sol recién tomado gusta mucho a las mujeres. También a Marta le gustaba cuando me conoció. Y me lo dijo. Ahora no me lo dice. Daría todo lo que sé de otras cosas para entender algo profundamente este misterio del amor, que nadie nos ha sabido explicar aún.

De pronto, me entra la idea del tiempo. Nunca llevo reloj. Monto y pedaleo con fuerza hacia Gstaad. Salí que eran las nueve y media. Serán las doce lo menos. Y Marta, que me estará esperando. Por nada, que no hemos de hacer nada. Nos basta con el alma tan agradable y con estar los dos en donde sea. ¡Nos queremos tanto!

Al correr hacia Gstaad rasgo los velos encantados de la mañana. Todo es real ahora. Mi blando bienestar se ha esfumado. Me duele la dureza del sillín y siento las subiditas en el pecho. Pero no importa; sé que el augurio se cumplirá y que de alguna manera seré inesperadamente feliz. Presagios que jamás fallan.

Un pájaro grande, de colores, vuela de árbol en árbol delante de mí y me precede en el camino. ¡Es el augurio feliz! Una moza me hace adiós con la mano desde la ventana de una casa. ¡Es el augurio! Todos los aldeanos que se cruzan conmigo me saludan como si me conocieran. Los que van en bicicleta me gritan:

—«¡Salut a Gstaad!».

La entrada a Gstaad es en pendiente y me dejo caer por ella. Veo la hora en el reloj de la estación. Las diez y media. Sólo ha pasado una hora. He sido feliz y el tiempo me ha parecido más. Es lo mejor que puede suceder.

Pero ¡sólo las diez y media! Pedaleo despacio para ganar tiempo. Podía haberme tomado media horita más, sin peligro. Podría sentarme en un banco del andén y esperar el tren de las once quince. Pero no; cuando no tengo nada que hacer no me gusta estar sin hacer nada. Necesito engañar mi ambición con algún equilibrio.

El hotel está en donde la carretera se hace paseo, muy cerca del puente sobre el río. Desde los balcones que dan al Este se ve bajar el río. Llego al hotel despacito, aparentando la mayor indiferencia por el pequeño mundo que me rodea. Me recoge la bicicleta el muchacho que me limpia los zapatos y que parte la leña. Uno que parece tonto.

Cruzo el vestíbulo sobresaltado. Sé que me va a suceder algo y no sé exactamente cuándo ni en dónde. Miro al conserje y él me saluda sin más; ni me da una carta, ni me anuncia que ha estado una señora preguntando por mi. Subo los escalones de dos en dos y echo a andar por el pasillo del primer piso.

Sí; si tuviera más fe cerraría los ojos, abriría una puerta cualquiera, entraría y abriría los ojos dentro. Pero en eso de la fe siempre se finge más que la que de veras se tiene. Hablar de la fe, de cualquier fe, es fácil. Explicarla creo que es imposible.

El número 27, el de mi habitación. No tengo ningún motivo para creer que la felicidad me ha de esperar en otra

parte. Cierro los ojos, espero un rato hasta sosegar me y abro. Cierro la puerta por detrás de mí, sin volverme a mirar la mano que cierra. Me hace daño el corazón. Tan es así que lo sujeto para amortiguar los golpes. Respiro hondo y, en un esfuerzo que me parece mayor que el de todo el pedaleo mañanero, arranco los párpados de un tirón y abro los ojos.

Allí, en alto los brazos, apenas vestida, mirándose toda en el espejo grande, hay una mujer. Corro a ella y ella se deja tomar sin resistencia. ¡Mejor me huele ella que los manzanos en fruto de la carretera! ¡Mejor que el sol y el aire alado de la mañana!

Y, casi en brazos, la llevo a la cama. Y en silencio. Cualquier palabra sería peor que el silencio. Y allí, en la cama... Bueno, se trata de Marta, desde luego, de mi mujer, de mi querida mujer. El augurio no ha mentido. La quiero hoy más que nunca. Y la tomo y la tengo porque es mía. ¡Y ole!

* * *

La cortina es roja y se transparenta la luz. Las contraventanas son de madera, pintadas de verde, y tienen un agujero en forma de corazón. Pasa la luz por el agujero y hace un corazoncito como de sangre y oro sobre la piel de Marta.

El sol sube en el cielo y el corazón de oro avanza sobre ella lentamente. Lo advierto primero sobre las rodillas. Después nos dormimos. Al despertar por primera vez estaba sobre el hombro. Y hemos dormido más. Y al despertar, al fin, cumplido el augurio, el corazón estaba muy alto en la pared y se había deformado.

—¡Las cinco!

—¿Ya?

—¡Mira!

Sí: las cinco. Sé que éste es el gran momento de pronunciar una de esas frases que luego se recuerdan en la ve-